



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



---

## ACTO PRIMERO.

---

Habitación lujosamente decorada en el hotel de Gonzalo.  
Puerta al fondo: dos en el lateral derecha y dos en la izquierda. Á ambos lados de la puerta del fondo, dos muebles con espejos encima. Entre las dos puertas de la izquierda, un escritorio, sobre el cual habrá recado de escribir. En primer término, á la izquierda, un confidente.

### ESCENA PRIMERA.

ROSA y JUAN.

ROSA. ¿Conque tan tarde?  
JUAN. Á las cinco  
y media de la mañana  
con un humor de mil diablos,  
y unos ojos y una cara!...  
Nunca le vi de ese modo.

ROSA. ¿Y te dijo?  
JUAN. ¡Ni palabra!  
Solamente al despedirse  
me encargó de que avisara  
á don Cándido; ese viejo  
prestamista que le saca  
de apuros. El que de antiguo  
las fincas administraba  
del padre de la señora,

y se dió tan buena maña,  
que se quedó la mitad  
en fuerza de administrarlas.  
Tú, ¿qué hiciste?  
ROSA. ¡Mí el recado  
JUAN. y vendrá hoy por la mañana.  
ROSA. ¡Qué vidal!  
JUAN. ¡Pues la que llevan  
todos ellos! De cien casas  
donde sirvas, en las cien  
has de hallar lo que en ésta hallas:  
que los amos no se quieren,  
que derrochan y que gastan  
más de lo que les permite  
su caudal. ¿Eso te extraña?  
(Movimiento de extrañeza en Rosa.)  
ROSA. ¿Que no se quieren?  
JUAN. ¡Es claro!  
ROSA. Entónces, ¿por qué se casan?  
JUAN. Se casan por conveniencia.  
¡Entre ricos, no hace falta  
el cariño! Y, sobre todo,  
como habitan en moradas  
tan grandes, y tienen cuartos  
distintos, y vive y anda  
por su lado cada cual,  
el cariño suyo acaba  
más que de prisa! A nosotros  
los pobres, como nos ata  
la miseria, y trabajamos  
juntos, y pasamos ánsias  
al mismo tiempo, y vivimos  
tan solos... nos entran ganas  
de querer. Pero los ricos,  
que no necesitan nada,  
porque todo lo disfrutan,  
que ni sufren, ni trabajan,  
ni se ayudan... de estar juntos  
á todas horas se cansan,  
y primero se disgustan,  
y más tarde se separan,  
y al fin se divierten fuera

para no aburrirse en casa.  
ROSA. Eso á tu amo.  
JUAN. La señora...  
ROSA. La señora es una santa  
y no hay quien pueda hablar de ella.  
JUAN. Si yo no digo...  
ROSA. ¡Más lágrimas  
le cuesta el señor Marqués  
que vale! ¡Me da una listima!...  
Tan buena, tan cariñosa  
y tan sencilla y tan franca,  
y él... Pero alguno se acerca.  
(Señalando á la puerta del fondo.)  
JUAN. (Después de mirar por la puerta del fondo.)  
Don Cándido.  
ROSA. ¡Con sus trazas  
de santol! Adios.  
JUAN. Hasta luego.  
(Rosa hace mñtis por la segunda de la derecha.)

## ESCENA II.

D. CÁNDIDO, JUAN, al final GONZALO.

CAND. (Entrando por el fondo )  
¿El señor Marqués?  
JUAN. Acaba  
de levantarse: ¿le llamo?  
CAND. Bien.  
JUAN. Voy al momento.  
(Hace ademán de dirigirse á la izquierda.)  
CAND. Aguarda;  
no hay prisa.  
JUAN. Es que el señorito  
me encargó que le avisara  
al punto que usted llegase.  
CAND. Entónces, no digo nada.  
Avisale.  
JUAN. (Se dirige á la primera puerta de la izquierda; al  
llegar á ella, se detiene.)  
Pero él viene. (Mñtis.)  
CAND. ¡Pobre hombre! Casi aan ganas...

¿Pero yo qué voy á hacer?...  
Servir bien á la que paga  
con largueza mis servicios,  
y aprovechar la ganancia,  
que si yo no la aprovecho,  
otro vendrá á aprovecharla.

(Aparece Gonzalo en la puerta lateral de la izquierda.)

### ESCENA III.

D. CÁNDIDO, GONZALO, al final DOLORES.

CAND. (Dirigiéndose á Gonzalo.)

Señor Marqués...

GONZ. ¿Cómo va?

CAND. ¿He venido á molestarle?

GONZ. No: me precisaba hablarle  
con urgencia.

CAND. ¡Usted dirá

á qué debo tal honor  
que le agradezco infinito!

GONZ. Muchas gracias. Necesito  
que me haga usted un favor.

CAND. De ser posible, enseguida;  
usted manda, yo obedezco,  
y en cuanto valga, me ofrezco  
con el alma y con la vida.

GONZ. Me complace oírle hablar  
de ese modo.

CAND. ¿Y cómo no?

Usted no ignora que yo  
le sirvo sin vacilar,  
sin dudas, sin poner tasa  
alguna, señor Marqués:  
lievo yo mucho interés  
en todo lo de esta casa.

GONZ. ¡Lo creo! (Con ironía.)

CAND. Tanta merced...

GONZ. Por eso en usted confío.  
Sé que mira usted lo mío,

como si fuera de usted.

CAND. Señor Marqués, por favor...

GONZ. Bien; dejemos este punto,  
y hablemos de nuestro asunto,  
si le parece mejor.

CAND. Como usted quiera.

GONZ. Es el caso

que he gastado un dineral  
este mes, que mi caudal  
anda por demás escaso,  
y que...

CAND. (Interrumpiéndole.)

Tiene usted apuros  
y aun algo que solicita  
gastos, y ahora necesita...

GONZ. Necesito diez mil duros.

CAND. ¡Demonio! ¡Tanto?...

GONZ. Eso quiero

hoy sin falta, y ese es  
mi asunto.

CAND. Señor Marqués,  
¿qué hace usted con el dinero?

¡Derrochar una fortuna!...

GONZ. Haré lo que me convenga  
hacer; no creo que tenga  
que rendir cuenta ninguna,  
y á usted menos.

CAND. Es verdad:  
sus cuentas no son las mías;  
pero aun no hace veinte días  
que por igual cantidad  
le he servido.

GONZ. Puede ser;  
pero de nada dispongo  
y me urge.

CAND. Yo no me opongo.

Sin embargo, mi deber,  
mi afición por esta casa,  
la amistad que á usted me liga...  
todo eso junto, me obliga  
á decirle lo que pasa.

GONZ. ¿El qué?

- CAND. Con las numerosas  
deudas que usted ha contraído,  
su caudal ha decrecido  
en proporciones cuantiosas.
- GONZ. ¿Qué importa?... Yo no me quejo  
ni de ello me preocupo,  
ni lo temo, me ocupo  
en pedir á usted consejo.  
De otra cosa hemos de hablar.
- CAND. Señor Marqués, le repito...
- GONZ. Diez mil duros necesito:  
¿usted me los quiere dar?  
Solo en esto le concedo  
parecer. ¿Qué dice?
- CAND. Yo...
- GONZ. Responda usted, si ó no:  
eso hace falta.
- CAND. (Después de vacilar algunos instantes.)  
¡No puedo!
- GONZ. ¡Cómo! ¿Qué no puede ser?...
- CAND. Préstamo de esa cuantía  
requiere una garantía,  
y no hay con qué responder.
- GONZ. ¿Qué dice? (Sorprendido.)
- CAND. Se hallan gravados  
sus recursos por cien modos  
contrarios, sus bienes todos  
se encuentran hipotecados;  
y tales sus deudas son,  
que no hay forma de luchar,  
y es imposible tratar  
de ninguna operación.
- GONZ. ¡Imposible!... ¿Y usted es  
quien á tal extremo llega?  
¿Usted es quien me deniega?...
- CAND. No soy yo, señor Marqués.  
Mi gratitud no descuida  
su obligación. ¿Vale de algo?...  
Yo le ofrezco cuanto valgo.
- GONZ. Entónces...
- CAND. Usted olvida  
que yo no tengo el dinero.

- ¡Ah! ¿pues si yo le tuviera,  
qué necesidad hubiera  
de hacer nada?... Lo primero,  
lo único en que pensaría,  
sería en satisfacer  
lo que exigen mi deber,  
mi afecto. ¡No pediría  
yo resguardo: no señor,  
para servirle al instante,  
tendría más que bastante  
con su palabra de honor.  
Pero yo no puedo nada,  
y usted sabe lo que cuesta  
sacar... ¡La gente que presta,  
es lo más desconfiada!...  
Tratándose de dinero  
hacen lo que les conviene:  
para ellos lo mismo tiene  
un pillo, que un caballero.
- GONZ. ¿Es decir, que no hay manera  
de alcanzar lo que yo pido?
- CAND. No encuentro...
- GONZ. ¡Estoy decidido  
á todo! (¡Y ella que espera  
mañana precisamente!...)  
—¿Entre los dos, no hallaremos  
un medio?
- CAND. Lo buscaremos.
- GONZ. Hoy mismo.
- CAND. (Permanece en silencio algunos instantes como si  
reflexionara: Luego dice.)  
Si es tan urgente,  
y á usted tanto le interesa...  
hay un modo.
- GONZ. ¿Cuál?... ¡Á ver!
- CAND. Que vengan á responder  
los bienes de la Marquesa.
- GONZ. ¿De Dolores?...
- (Ademán afirmativo de D. Cándido.)  
¡No! ¡Jamás!  
(¡Ser ella en esta ocasión!...)
- CAND. ¡Pues no hallo otra solución!

- GONZ. ¡Es imposible!
- CAND. Además,  
que tratándose de un caso  
preciso hasta la evidencia,  
pudiendo evitar la urgencia  
un disgusto ó un fracaso...
- GONZ. ¡Sus bienes!...
- (Como si hablara consigo mismo.)
- CAND. En este asunto  
la debe usted consultar.  
Ella no le ha de negar  
su apoyo: accederá al punto.  
Su fortuna no es escasa...
- (Á Gonzalo que sigue sin responderle, y en actitud de irresolución y de duda.)
- ¡Decida usted de una vez!
- GONZ. ¡No! (Con tono indeciso.)
- CAND. Hasta la noche á las diez  
espero á usted en mi casa.  
(Coge el sombrero en actitud de retirarse.)
- DOL. ¿Gonzalo? (Dentro.)
- GONZ. ¡Es ella!
- (Aparece Dolores en la primera puerta de la lateral derecha. Al ver á D. Cándido se detiene.)
- DOL. ¿Quizá  
estorbo?
- CAND. Salía ahora.  
Á los piés de usted, señora.  
(Se dirige hacia la puerta del fondo: al llegar á ella se detiene, y dice aparte por Gonzalo:)
- (¡Esta noche firmará!)
- (Sale por el fondo.)

#### ESCENA IV.

DOLORES y GONZALO.

- DOL. Perdóname si he escogido  
para hablarte, una ocasión  
tan mala.
- GONZ. ¿Por qué razón  
ha de ser mala? ¿Has venido

- á verme?... Pues mi deseo  
mayor, satisfecho está.
- DOL. ¿Sí? (Con amargura.)
- GONZ. ¿Lo dudas?
- DOL. Hace ya  
dos días que no te veo.
- GONZ. ¡Dos días! (Como sorprendido.)
- DOL. ¡Ni lo ha notado  
siquiera! Dos días, sí:  
dos días que para tí  
como un instante han pasado,  
sin hacerte recordar  
que en ellos, cada momento,  
era para mí un tormento  
horrible! De mi pesar,  
de mi angustia, de la afrenta  
que en tu actitud puede haber  
para esta pobre mujer,  
de nada te has dado cuenta.
- GONZ. ¿Yo, Dolores? .. ¡No prosigas!  
Hay motivos...
- DOL. ¡Debe haberlos!  
Por eso quiero saberlos  
y vengo á que me los digas.  
Á que expliques tus acciones,  
si en tí la culpa nació:  
si la culpable soy yo,  
á oír tus acusaciones.
- GONZ. ¿Culpable?... ¡No! Tu existencia...  
tus actos te justifican!
- DOL. Entonces, ¿cómo se explican  
tu olvido y tu indiferencia?
- GONZ. Son tan varias las razones...  
y no hay ninguna en verdad  
séria. La casualidad...  
deberes, imposiciones  
sociales!... Esa cadena  
que es necesario sufrir,  
y que le hace á uno vivir  
más que en su casa, en la ajena:  
el torbellino incesante  
donde el hombre gira preso

por fuerza...

DOL. (Con tono de duda.) ¿Nada más que eso?

GONZ. Nada más.

DOL.

¿Y esa es bastante causa para destrozar lazos que el tiempo ha formado, y arrancar á un hombre honrado de su esposa y de su hogar?

(Movimiento de interrupción en Gonzalo.)

¡No, Gonzalo; no es posible!

Tú me engañas: ¡no te creo!

¡Hay algo más que yo veo

en la sombra! ¡Algo terrible

que de un peligro me advierte!

¡Algo que te impide ver

el dolor de esta mujer

y las lágrimas que vierte!

Que ¿te ofendo?

GONZ.

DOL.

Con tu olvido, que mis penas ha causado.

GONZ. ¿Por qué?... Siempre he respetado tu fama: siempre he cumplido mi deber.

DOL.

¿Crees cumplir tu deber, cuando descuidas mi dicha?... ¡Entonces olvidas lo que yo puedo exigir!

GONZ.

DOL.

Por voluntad de mis padres, acepté tu nombre y te consagré mi vida y mi libertad, creyendo que encontraría amparo contra el rigor de mi suerte, en el amor que tu anhelo me ofrecía; y que esta unión que acordaron sin nuestro voto, pudiera ser la dicha, si cierto era lo que tus labios juraron. A tus ruegos accedí; de tus frases no dudé,

y mi paz te consagré porque confiaba en tí. Si yo no te exigí nada si tú llamaste á mi pecho, ¿en qué fundas tu derecho para hacerme desgraciada? Para tus dudas, Dolores, no existe ningún motivo, y ni acierto ni concibo el por qué de esos temores. Porque no me amas.

GONZ.

DOL.

GONZ.

DOL.

GONZ.

DOL.

GONZ.

DOL.

¿Que no?...

De ello convencerte espero.

Si me amases, lo primero del mundo sería yo.

Y lo eres.

¡Á qué fingir!

(Con impaciencia y dureza.)

¡No finjo!

(Separándose de Dolores y tomando asiento bastante retirado de ella.)

¡Qué terquedad!

¡Oh! ¡Si dijese verdad, Gonzalo! ..

(Á alguna distancia de él y con acento cariñoso.)

¿Puede existir

otra ventura mayor para dos seres honrados, que la de vivir ligados por la virtud y el honor?

—De quererlo tú, sería nuestro afecto el más profundo de todos! ¿Qué importa el mundo?

¡Nuestro amor compensaría su olvido y su indiferencia; y yo en tu amor excudada, contemplaría lograda

la gloria de mi existencia!

(Gonzalo parece no escuchar las palabras de Dolores.)

—¿Por qué mis ruegos desoyes y en mi afecto no confías?

(Acercándose á Gonzalo y poniéndole la mano en el hombro.)

—¡Respóndeme!

GONZ. (Vuelve la cabeza sin comprender; como si saliera de una profunda distracción.)

¿Qué decías?

DOL. (Con desesperación.)

¡Qué digo!... ¿Pero no me oyes?

GONZ. ¡Oh! ¡Perdóname!

DOL. (Con amargura.) ¿Y aun tratas

de fingir?... ¿Aun me querrás

convencer de que me das

la dicha que me arrebatas?

¿Qué más pruebas necesito

para ver mi desventura?

GONZ. Dolores... (Como si tratara de explicarse.)

DOL. (Con tristeza.) ¡Aun me asegura que es leal!

GONZ. ¡Y lo repito!

Pero existen ocasiones

en que no se escucha nada,

porque la mente agitada

por mil contrarias pasiones,

va persiguiendo una idea

y no logra dominarse,

y sólo puede fijarse

en aquello que desea.

Yo luchaba hace un momento

para destruir la valla

de una idea que avasalla

y ofusca mi pensamiento.

DOL. ¿La debo yo de ignorar?

GONZ. ¿Para qué la has de saber?

Nada podrías hacer,

y no te he de molestar

contándote mis reveses

de fortuna.

DOL. ¿Esto te inquieta?

¿Así tu atención sujeta

una cuestión de intereses

que te hace perder la calma,

y sobre todo lo impones,

y por servirla, pospones los intereses de tu alma?

¡En ellos debe fijarse

tu atención; ante ellos ceden

los demás, que ellos no pueden

ni venderse ni comprarse!

¡La dicha! ¡Eso es lo primero!

Lo demás no importa nada!

¡Vale poco la jornada

que se vence con dinero!

Y sin embargo, podría

haber razones.

GONZ.

¡Ninguna!

DOL.

GONZ. ¿Qué no?

DOL.

Tienes tu fortuna,

y si no basta, la mía,

que es tuya, y que yo al instante

cederé si tú la quieres.

GONZ.

¡Oh, Dolores!... ¡Qué buena eres!

(Dirigiéndose á ella y apretándole la mano con cariñosa efusión. En este momento aparece Mercedes en la puerta del fondo, y se queda mirando con expresión de enojo el grupo que forman Gonzalo y Dolores.)

MERC.

(Desde la puerta.)

¿Se puede entrar?

(Dolores vuelve la cabeza y ve á Mercedes, Gonzalo la ve también, y se retira de Dolores como avergonzado.)

DOL.

Adelante.

## ESCENA V.

DOLORES, MERCEDES, GONZALO, al final JUAN.

MERC.

Esto se llama un hermoso

manifiesto del hogar,

y un matrimonio ejemplar,

y un marido cariñoso!

(Adelantándose hacia Dolores.)

Aun cuando yo no disfruto

de tan dulces alegrías,

sé mirarlas como mías,

- y rendiries el tributo  
que merecen.
- DOL. Por favor...
- MERC. ¡Dichosa debes llamarte,  
que amas, y puedes mostrarte  
orgullosa de tu amor!  
(Estas frases así como las anteriores, las dirá la  
actriz con cierta amargura disimulada.)  
¡Y yo les distraigo á ustedes,  
y me entro sin avisar  
y les vengo á molestar!  
GONZ. ¡De ningún modo, Mercedes!  
El mayor de los honores  
para nosotros es verla,  
y á nuestro lado tenerla  
siempre. ¿No es cierto, Dolores?  
DOL. ¿Cómo no... si á ella me liga  
un afecto verdadero,  
por el cual la considero,  
mi hermana, más que mi amiga?  
MERC. Lo sé, y á fin de pagarte  
tan cariñosa afición,  
nunca pierdo la ocasión  
de venir á saludarte.  
Ya lo ves: ahora pasaba  
casualmente por ahí,  
y á distraerte subí  
sin pensarlo.
- DOL. ¡No faltaba  
más!
- MERC. ¡Permíteme dudar!
- GONZ. Por si dudas tener puede  
ruégale tú que se quede  
con nosotros á almorzar.
- DOL. Ya lo oyes. (Á Mercedes.)
- MERC. ¡Qué no te digo!  
(En son de broma.)  
¡Están ustedes muy bien  
solos!
- GONZ. Almuerza también  
con nosotros, un amigo  
de la infancia; un compañero

- antiguo de quien he estado  
mucho tiempo separado,  
y á quien muy de veras quiero.  
De suerte que ya no hay nada  
que sirva para excusarse.
- MERC. ¡Bueno! ¡Habrás que resignarse!  
Déme usted por convidada.
- DOL. Entonces...  
(Dirigiéndose hacia Mercedes, en actitud de qui-  
tarle el sombrero.)
- MERC. No: tengo que ir  
á unos asuntos primero.  
Á casa de mi joyero.
- GONZ. Yo también he de salir  
ahora mismo, y si usted quiere  
aceptar mi compañía...
- MERC. Es temprano todavía,  
y no es justo que le espere  
su amigo.  
(Gonzalo se dispone á interrumpirla.)  
De ningún modo;  
no consiento que por mí...  
Cuando usted regrese aquí,  
ya lo habré arreglado todo.  
(Á Dolores.) Es un deseo, y logrado  
quiero verle.
- GONZ. ¿Cuál?
- MERC. ¡Curioso!  
(Á Dolores.) Un aderezo precioso  
que el joyero me ha enseñado.
- DOL. ¿Un aderezo?
- MERC. Lo he dicho:  
tiene que ser para mí.  
¡Muy elegante!... ¡Eso sí:  
muy caro! ¡Pero un capricho,  
cómo no realizarlo?
- DOL. Si el capricho lo merece...  
(Gonzalo que ha seguido con atención las palabras  
de Mercedes, hace un ademan de duda, y luego se  
dirige al escritorio.)
- MERC. ¡Vaya!  
(Gonzalo se pone á escribir una carta.)